

Discurso del presidente de la Academia, doctor José A. de la Puente Candamo

Los documentos cuya lectura hemos escuchado¹ explican el origen, la naturaleza, los objetivos, del Instituto Histórico del Perú, hoy Academia Nacional de la Historia, que en 1905, en una expresión de espíritu peruanista fue creada por el Gobierno de la República, al entender, de modo cabal, cómo el progreso, la reconstrucción del país, están ligados a una veraz conciencia histórica. La dimensión histórica es inherente al ser humano. Afirmarla, cultivarla, enriquece a la persona, esclarece su ubicación en el mundo, le permite realizar su vocación de modo espontáneo, natural.

El Presidente de la República José Pardo y Barreda, cuya obra de gobierno estuvo asociada a fundamentales avances en el terreno de la educación vio cuán necesaria era una asociación como la nuestra para afirmar la vocación histórica del país. Es justo que esta sesión pública se inicie con el enaltecimiento de la memoria de Pardo, gobernante honesto e inteligente, que sirvió al Perú con una clara noción de la primacía del espíritu. A este recuerdo y elogio debe incorporarse el del ilustre estudioso y educador Jorge Polar, Ministro de Educación del Presidente Pardo, hombre que llevó al gobierno su vocación de maestro.

Dieciocho años antes, en 1887, inició sus labores la Academia Peruana de la Lengua, y en 1888 creó el Gobierno la Sociedad Geográfica de Lima. Ya existía el Ateneo de Lima, dentro del mismo espíritu de afirmación de la cultura sin la cual el progreso es incompleto o aparente.

Dice Víctor Andrés Belaunde en sus Memorias: "En la primera década de nuestro siglo la vida intelectual peruana giraba alrededor de dos centros: el

1. El Decreto Supremo de 1905 y la Resolución Suprema de 1962.

claustro sanmarquino, en que comenzaba a revelarse una nueva generación, y el viejo claustro jesuita de San Pablo, donde se hallaban la Biblioteca Nacional, la Sociedad Geográfica fundada por Carranza y el Ateneo de Lima” (Victor Andrés Belaunde. *Trayectoria y destino. Memorias*. Lima, 1967, t. I, p. 345).

Prosigue Belaunde; “Y surgió la idea de la fundación del Instituto Histórico. Hay que atribuirle al Presidente Pardo y a dos universitarios ilustres, que desempeñaban entonces los Ministerios de RR.EE. y Educación, Javier Prado y Jorge Polar” (ibid. p. 347-348). Y subraya “...la importancia de la historia en la formación de la conciencia nacional” (ibid. p. 348).

Así nació nuestra Academia, en un mundo en el cual nuestros abuelos se esforzaban por la reconstrucción del país, y veían en la historia la afirmación de las raíces. Predominaba el positivismo en el ánimo de muchos profesores y se afirmaba el espíritu «arialista» de la generación del «novecientos».

Ahora, a los noventa años de nuestra fundación, es pertinente reconocer las calidades de los ilustres colegas nuestros que, desde la primera presidencia de Eugenio Larrabure y Unanue, heredero del espíritu peruano de Hipólito Unanue, trabajaron por afirmar la continuidad y vigencia de nuestra Corporación.

Asimismo, es justo recordar esta noche a los colegas y amigos que han fallecido luego de la conmemoración de nuestros setentaicinco años, en 1980, y que merecen la gratitud de esta Academia Nacional de la Historia, y del país, por los eminentes aportes de unos y otros a la cultura nacional.

Pienso en Jorge Basadre, Oscar Miró Quesada, Manuel Moreyra y Paz Soldán, César Pacheco Vélez, José Luis Bustamante y Rivero, Luis E. Valcárcel, Emilio Romero Padilla, Luis Alberto Sánchez, Alberto Tauro del Pino.

Las circunstancias son distintas, otros los hombres, diferentes las preocupaciones de la historiografía, mas permanece inalterable el germen que se sembró hace noventa años, el estudio y la investigación de la historia nacional orientados a la afirmación de la propia identidad.

Cuidado de archivos y museos, publicaciones de fuentes, cultivo de la Historia Patria, edición de la *Revista Histórica*, preparación de los informes que soliciten los Poderes del Estado. En fin, la atención que merece la enseñanza de la historia en sus diversos niveles, es materia de la más alta importancia para nuestra Academia.

Los treintisiete volúmenes de la *Revista Histórica* son de consulta obligada para quien desee acercarse a la investigación de nuestro pasado. De otro lado, uno puede observar cómo el contenido de las entregas registra a hombres de

diversas generaciones que se unen a los eruditos de fines del siglo XIX que están presentes en los primeros números. Sería impertinente mencionar en este recinto la continua presencia de la Academia Nacional de la Historia en actos públicos, homenajes, informes, publicaciones.

Algunas personas pueden ser escépticas frente a la vigencia de las academias en la hora presente. Sin embargo, la tarea no ha prescrito, y el cuidado y estímulo de los estudios de la historia nacional son empeños que están en la entraña misma de toda sociedad, y a este objetivo quiere servir nuestra Corporación.

Es más. En el Perú de esta hora, dentro de las transformaciones sociales que se advierten y que son muestra de la fecundidad que vive en nuestro mundo, es de la más alta importancia afirmar nuestro vínculo con el pasado, la presencia del pasado en el presente. Todo lo que ha sucedido en este territorio es mío, me pertenece, es parte de mi vida personal y comunitaria.

Y todo lo anterior no niega los errores, las injusticias, los enfrentamientos y los aciertos y las virtudes. Todo el pasado es mío, sin limitaciones, ni reducciones. Igual que soy solidario con el pasado de mi propia familia, soy solidario con la integridad de la vida peruana.

De este modo, nos acercamos, con los propios matices regionales, sociales, afectivos, a una amplia y comprensiva conciencia nacional, a una veraz identidad, que no desconoce las varias facetas de ser peruano.

Asimismo, en nuestra Academia Nacional de la Historia vive muy clara la lección de unidad, dentro de las peculiaridades nacionales, de nuestro mundo hispanoamericano. Aparte las contingencias de la política y de la economía, la historia nos dice una y otra vez que nuestros pueblos forman un conjunto de particularidades sobre un fondo cultural común. Nuestros países hispanoamericanos son hermanos, no por la retórica de un discurso, sino por el tronco cultural común.

A estas dos tareas, la afirmación de la identidad peruana y la afirmación de la identidad hispanoamericana, dedicará nuestra Academia los mejores esfuerzos, con el espíritu más amplio, que no olvidará las diversas orientaciones intelectuales, e incorporará a sus tareas a hombres de las diversas generaciones.

En fin, agradecemos al señor Director de este Museo Nacional de Antropología, Arqueología e Historia, hermano de nuestra Academia, por el espíritu común, por la hospitalidad generosa que nos ofrece. Y a ustedes, señoras y señores, nuestro agradecimiento por el estímulo que significa la participación en esta sesión pública.